



El fuego y la sombra



David Hillier

EpubLibre

En los tiempos de la cruzada del rey Ricardo contra Saladino, Isabel de Clairmont intenta vengar el brutal asesinato de sus padres.

Emprende un largo viaje hasta Tierra Santa que es, al mismo tiempo, una desesperada búsqueda de su paz interior en un mundo en el que nada es lo que parece y en el que sólo la experiencia le permitirá ir desentrañando el significado de la fe, el amor, el poder y la ambición.

Isabel nos devuelve, con su drama personal, a la atmósfera de los caballeros templarios y el mítico Grial, a la crueldad, el peligro y los turbios ideales que acompañaron la lucha por Jerusalén.

*A Lorraine,
con amor, con mi gratitud, siempre*

Son muchas las personas me han ayudado para llevar a cabo este proyecto, pero quisiera aprovechar la oportunidad para dar las gracias a dos en particular: a Tony Peake, cuyo consejo y detallados comentarios han sido valiosísimos para que mi proyecto tomara forma de libro y llegara a su conclusión, y a Barbara Boote por su entusiasmo y su apoyo.

Y también quisiera dar las gracias a todos cuantos lean mi libro. Espero que disfruten con él y confío en que logre transmitirles, al menos, una chispa de interés por el misterio del Santo Grial.

He aquí el Libro de tu Descendimiento,
aquí principia el Libro del Santo Grial,
aquí tienen su inicio los terrores,
aquí comienzan los milagros.

Perlesvaus

Prólogo

MI CELDA mide diecisiete losas de largo por doce de ancho. Lo sé porque las he contado una y otra vez con los dedos, restregando las palmas de mis manos sobre su superficie polvorienta y desnuda hasta dejarlas tan raídas y secas como mi corazón. De noche oigo los murmullos y los denuestos de los centinelas en los muros de la ciudad, y las palmadas que se dan para reaccionar ante el viento que de pronto sopla del desierto. Y cuando la noche da paso al día y en mi celda penetran los rayos de una luz amarilla en la que danzan las motas de polvo, contemplo largo rato el techo, los barrotes y los haces de luz, imaginando el paisaje desértico que se extiende a lo lejos. A veces, cuando el viento sopla del norte, tengo la suerte de oír los gritos de los niños que juegan en la calle o el estrépito de las galeras en la bahía. Tal vez incluso oigo la voz de Hugh, dando órdenes..., y me imagino a este hombre, alto, impaciente, recorriendo a zancadas el espacio que hay entre estos cuatro muros, con las suelas de sus botas restallando en las losas. Jamás estará satisfecho de sus soldados. Ni tan siquiera lo estuvo cuando murieron por él.

¡Hugh...! No dejo de pensar en él ahora que ya no puedo hacer otra cosa que esperar. ¿Fui demasiado débil?

Quizás hubiera sido todo muy diferente si, por más que lo intenté, no hubieran flaqueado mis fuerzas. Pero lo cierto es que toda esta tragedia comenzó con un acto de bondad incapaz de compensar un año entero de odios y maquinaciones.

¿Me hago reproches? El monje, Andreas, solía decir que los reproches a uno mismo son trampas del diablo porque, cuando nos lamentamos de algo, estamos negando una parte de nosotros mismos. Lo recuerdo mirándome con aquella curiosa y triste sonrisa en sus labios... Me pregunto qué me diría ahora. Que hiciera las paces conmigo misma y con Dios, sin duda. Pero..., ¿y con Hugh?

No puedo.

En todo esto he sido, por lo menos, fiel a mí misma, a lo que creo justo, aunque por ello hayan sufrido y muerto otros hombres. ¿Qué elección me quedaba? Cuando recuerdo aquellos días descoloridos, calcinados por el sol, llego a la misma conclusión: cuanto hice lo hice por amor. Amor a la justicia, amor a la venganza..., pero amor, al fin y al cabo. Y cuando todo está dicho, cuando todo está hecho, ésta será una especie de historia de amor, una búsqueda de la verdad.

Pero ya he hablado demasiado.

¿Es esto el final? Juzgad vosotros mismos, y si también a vosotros os parece justo que una mujer noble, que sólo erró en castigar al verdadero culpable, haya de permanecer aquí sin esperanza, sin amor, con el único consuelo de la dorada luz del desierto..., que así sea.

Porque yo, por mi parte, no puedo reprocharme nada.

PRIMERA PARTE

MARZO DE 1191





Capítulo uno

¿QUÉ ES LA VIDA? Cuando miro hacia el pasado, es como si contemplara un estanque profundo donde todo lo que veo es yo misma, mi reflejo, como una imagen de luz dorada. Y entonces cae una piedra en la superficie, la imagen se rompe en mil añicos de oro, y me encuentro mirando las profundidades, los cambiantes dibujos, los terrores ocultos bajo aquella tersura.

Y una piedra así cayó cierta tarde de marzo, del año del Señor de 1191. Aquel día mi vida se vio súbita e irrevocablemente sacudida y remodelada... ¿Por qué? Por una fuerza que me forja aún, no sé para qué, aunque su presencia me da forma, amalgama mis pensamientos, mis deseos, y moldea los tibios contornos de mi carne.

Corro demasiado. Si quiero que todo tenga sentido, debo remontarme más atrás, al principio, cuando la imagen de mi vida aún no se había roto en mil pedazos. Era inocente y bullía en mí la esperanza. Tenía diecisiete años.

Desde mi infancia sólo había conocido un hogar: nuestro castillo de Elsingham. Cuando escribo la palabra castillo casi me entran ganas de echarme a reír. Porque comprendo que Elsingham era apenas un torreón que se alzaba vigilante sobre nuestros pocos graneros, nuestras cañas y nuestra empalizada como una gallina sobre sus polluelos. Pero en la dulce ignorancia de la juventud jamás dudé ni un instante de que nuestra achaparrada y torcida torre fuera un palacio digno de un noble, ni de que mi pa-

dre, enfundado en su cota de malla y a lomos de su corcel *Carlomagno*, fuera el más noble y valiente de todos los caballeros del conde. Era sólo una niña..., yo, Isabel de Clairmont.

¡Si por lo menos hubiera sido un chico! Cuando pienso en mi padre, recuerdo la tristeza, la añoranza incluso, que empañaba sus cansados ojos grises cuando me veía montar mi primer poni, o cuando aprendía los movimientos de carga, a medio galope, y volvía grupas como cualquier muchacho. Hubiera llorado. Tal vez, de haber sido yo un chico, o una hija no tan terca y testaruda –demasiado mimada y consentida en todo y por todo–, nada de todo esto habría ocurrido.

No.

No dejaré que esta sombra empañe el brillo de aquellos días. Me importan demasiado. Yo era joven, obstinada y no poco consentida..., lo reconozco, pero maravillosamente feliz. ¿Es un pecado? Quizá por ser hija única me libré de aprender las habituales artes y mañas de las que no se libran la mayoría de las muchachas, ni fui enviada a completar mi educación lejos de casa, en el palacio de algún noble señor o alguna noble dama. Y mis ilusiones no se derrumbaron ni siquiera cuando, al cumplir los catorce años, mis padres sacaron a relucir el tema de mis esponsales. Me prometieron, una simple formalidad, y nada cambió. Estaba tan apasionadamente enamorada del aquí y el ahora, que ninguna posibilidad me inquietaba. Y, entre tanto, tenía todo el tiempo del mundo para montar a caballo y pelearme con todos los chicos del pueblo, y podía hablar en su ruda lengua sajona, carente de toda elegancia; y era feliz.

Loca, más bien.

Ya he dicho que la piedra cayó cierto día de marzo. Pero empezaré mi relato por una cruda tarde de enero, en que el aire era cortante y el cielo intensamente azul. Me presentaré por primera vez ante vuestros ojos entrando

una tarde a galope tendido en el patio, riendo cuando Oswald, el centinela de la puerta, tiene que apartarse de un salto, sorprendentemente ágil para su torpe corpa-chón, mientras me grita con una ira que sólo finge a medias.

—¡Lady Isabel! —Bajo su tosco gorro de campesino, el rostro de Oswald está rojo por el frío—. Ya sabéis lo que tiene dicho vuestro padre...

Pero le corto con una carcajada, me quito mi ridícula cofia para dejar mis cabellos al aire y descabalgo.

—Mi padre está cortando leña con los hombres —le replico—. No dirá nada a menos que tú te vayas de la lengua.

A través de los árboles los dos podemos oír el rítmico golpeteo de las hachas. Y los dos sabemos que no seré castigada por esta escapada, como tampoco lo soy por mis pequeños y habituales actos de indisciplina.

Oswald reniega por lo bajo, sin acritud, y se hace a un lado mientras yo conduzco a *Jessi* a las caballerizas.

Ya he llegado a la puerta de la cuadra, ya estoy a punto de volverme para gritarle algo, una frase burlona o una pulla, cuando me detengo de pronto. La cuadra está en completo desorden. El heno, que se hallaba perfectamente amontonado contra el muro del fondo, está esparcido por todo el suelo como si algún demonio se hubiera vuelto loco.

—¡Oswald! ¿Quién ha puesto esto así? ¿Lo sabe mi madre? —pregunto.

—¿Qué queréis decir? —me pregunta frunciendo el ceño—. No ha venido nadie aquí. Todas las mujeres han ido al molino... Todas.

Me hago la desentendida; no tengo la menor intención de restregar la ropa en el río con un tiempo como éste. Además, el heno es infinitamente más importante. Es todo lo que queda de la última siega del año, y no tendremos nada más para dar de comer a los caballos hasta la primavera. ¿Quién podía haber hecho una cosa así?

—Mi padre se pondrá furioso —digo.

Oswald cruza el patio arrastrando los pies y por primera vez advierte el estropicio.

—¡Santo Dios! —exclama, mascullando imprecaciones; se agacha y empieza a recoger brazadas de heno—. ¿No vais a ayudarme, *milady*?

Normalmente lo habría hecho, pero hoy no. Ni hablar. Hay algo turbador en el aire, una especie de áspero regusto metálico que me amarga en la boca como el sabor de la nieve cuando la probé por primera vez. Lo dejo allí y me encamino de prisa a la torre, extrañamente intranquila. Apoyado en el quicio de la puerta dormita Leofwin, un muchacho inglés de mi edad, que me mira con ojos soñolientos mientras se alisa las arrugas de su jubón.

—¡Despierta, Leofwin! ¡Estás de guardia!

Se cuadra y la sonrisa se desvanece en sus labios.

—¡Por supuesto, señorita!

Paso rozándolo, con el olor a hierro cada vez más fuerte, y miro al interior del gran salón.

—¡Hola!

El salón ocupa el primer piso de la torre: es una estancia oscura, circular, de seis metros de ancho, con un hogar humeante en el centro. Pero está vacío. Voy hacia la escalera y subo los peldaños de dos en dos. Me estoy comportando como una tonta, lo sé... Esos temores femeninos míos, que diría mi padre... ¿Por qué no estaba con las otras mujeres en el molino? Este pensamiento me espolea y de un brinco salvo los tres últimos escalones que llevan a nuestro aposento; tropiezo en una losa y entro en la habitación trastabillando, gritando de dolor. Como loca.

Y el caso es que lo pillo por sorpresa.

Digo «lo» porque por un instante es todo lo que veo: un hombre con blusón pardo de campesino que se yerge como impulsado por un resorte en el rincón donde se encuentra el cofre. Tiene el rostro anguloso, patibulario... Puedo verlo ahora porque ha recorrido de dos zancadas la

habitación y me ha agarrado por el brazo hasta hacerme caer al suelo. Grito. Es difícil expresar con palabras el tremendo susto que me produce semejante sobresalto, la terrible proximidad de ese hombre que me agarra y me sujeta contra el suelo con tal fuerza que incluso noto contra mi espalda las juntas de las tablas del suelo. Apenas puedo creerlo. Puedo olerle. Me envuelve la vaharada acre de su sudor. Me debato, jadeando estúpida, frenéticamente, hasta que de pronto un cuchillo brilla en su mano izquierda encima de mí y me quedo helada. Con perfecta serenidad me doy cuenta de que, si quiere hacerlo, me matará. Suelta una maldición y me escupe en la cara.

—¡Cállate, perra! —Aparta mi mano de un golpe y me hace un rasguño en el pecho con el cuchillo—. ¿Estás sola?

Asiento mientras musito interiormente una plegaria: «¡Virgen Santísima, libradme!».

El hombre mira de reojo hacia la puerta.

—¿Eres la hija? ¡Responde de una vez, maldita sea! ¿Dónde guarda tu madre sus joyas? —Como no digo nada, aprieta más con la punta del cuchillo. Pienso que lo ha hundido en mi pecho y me ha matado, y vuelvo a gritar. Él ríe y me pincha de nuevo—. No sabes cómo duele cuando te lo clavan de veras, ¿eh? ¡Vamos, habla!

Pienso a la desesperada. Breves instantes de reflexión. En la torre sólo está Leofwin, dos pisos más abajo. Demasiado lejos.

«¡Os lo ruego, Virgen Santísima!».

—Y en cuanto te lo diga, me matarás, ¿no? —Hablar con él es todo cuanto se me ocurre. Ganar tiempo hablando.

Se inclina más sobre mí, descubriendo sus dientes, jadeando con violencia, como un animal. Me doy cuenta de que también él está atemorizado. Y se me pasa el miedo. ¡Tengo tantas ganas de vivir!

—No me hagas daño —le suplico—. Te ayudaré. Mira...

En ese momento irrumpe Alice en la habitación.

Se detiene un instante en el umbral, estupefacta, agarrándose el delantal con las manos mientras nosotros dos la miramos, sorprendidos en nuestro grotesco abrazo. Pero Alice echa la cabeza hacia atrás y da un chillido.

La tensión se quiebra. El hombre me aparta de sí de un empujón, salta hacia donde está Alice, le da un puñetazo –que falla– y enseguida desaparece escaleras abajo.

–¡Isabel...! –Tengo a Alice a mi lado. Me siento mareada y el corazón me late a golpetazos.

–¿Dónde estabas, Alice? Creí que habíais ido todas al molino. ¡Mi madre! ¿Dónde está mi madre? –Me aterrizzaba pensar que pudiera estar cerca, que aquel hombre hubiera tropezado con ella en su huida por las escaleras.

–No ha regresado aún. Yo estaba limpiando la bodega. –En el rostro picado de viruelas de Alice se marcan arrugas de preocupación–. ¿Os ha hecho algún daño?

No le respondo y al punto empiezo a correr escaleras abajo gritando:

–¡Leofwin! ¡Vigila! ¡Hay un ladrón!

Miro a Alice para que me siga, me remango las faldas y continúo bajando a toda prisa. El regusto en mi boca es más acentuado que nunca. En mi imaginación estoy viendo que el bonachón y despreocupado Leofwin yace en un charco de sangre.

–¡Leofwin!

No tenía motivos para preocuparme.

Cuando llegué abajo, Leofwin tenía ya al ladrón tumbado en el suelo, de espaldas, retorciéndose de dolor y echando espumarajos por la boca, con el cuchillo lejos, fuera de su alcance.

–¿Estáis bien, Isabel?

–Sí, sí –respondo. Y me aliso el vestido, un tanto cohibida por mi aspecto.

–¿Qué quería? –Leofwin hinca su rodilla en el pecho del hombre, haciéndole gemir.

–Oro. Dijo que quería las joyas. –Y en aquel momento, inesperadamente, me echo a llorar.

Desde entonces he visto hombres hechos y derechos derrumbarse después de una batalla y llorar sin poder dominarse, surcando las lágrimas sus mejillas como si fueran niños. Su llanto no era de alborozo o temor, sino simplemente la liberación de las lágrimas por la impresión de estar vivos e indemnes entre tanta carnicería. Quizá fuera ésa la razón de mi llanto. Creía haber estado muy cerca de la muerte y, sin embargo, no había sufrido ningún daño. Aquel día de enero me sentí mortificada por mi flaqueza, por mi estúpido arrebató de histeria. No ofrecí ninguna resistencia cuando Alice me llevó de la mano a mi cama.

Mi padre, como era de prever, se puso hecho una furia.

Era un hombre corpulento, con un tórax tan ancho como el de un oso y de brazos enormes. Cuando se enfurecía, que era a menudo, inclinaba la cabeza hacia delante y miraba fijamente echando chispas por los ojos..., unos ojos que me desarmaban como no lo hubieran logrado mil palabras.

Así me estaba mirando ahora.

–¿Que corriste tras él?

–Quería prevenir a Leofwin –respondí, y miré a Alice buscando su apoyo; pero ella, juiciosamente, esquivó mi mirada. Mi padre no es un hombre al que se le pueda llevar la contraria.

–¡Pudo haberte matado! –Su voz era un rugido y por un instante pensé que iba a pegarme, como me merecía. Pero incluso entonces, tras sus llameantes ojos grises se ocultaba una ternura que yo conocía bien y que sabía que, en último término, acabaría traicionándolo.

–Pero no me hizo nada.

Otra mirada fulminante.